

Ed. Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza Editorial
/ La Editorial (Universidad de Puerto Rico), 2006

Ella se lo merece



NO HABÍA AMANECIDO y retomé los *Diarios* de Zenobia Camprubí con las últimas páginas que me quedaban del tercer volumen. Cerré la tapa y cuando alcé la vista, el sol estampaba rabioso sus primeros rayos contra el ventanal. Estaba estremecida. No es para menos, después de leer el testimonio de una mujer que dedicó, cuerpo (nunca mejor dicho) y alma, al que fue el mayor referente de la poesía pura.

Se habían conocido en la Residencia de Estudiantes de Madrid y «la americanita» caló en el poeta por su alegre simpatía. Ya no dejó de cortejarla. Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí se casaron en Nueva York el 2 de marzo de 1916. Contraria su madre a esta unión, Zenobia asumió que su vida iba a estar volcada en un hombre al que amaba, respetaba y admiraba por encima de todo. Sabía del carácter triste del poeta y lo comprobó al coincidir su boda con la noticia de la muerte de Rubén Darío. Dicen que a raíz del fallecimiento del padre de Juan Ramón, se manifestó en él el temor a la muerte. Miedo que fue causa de sus depresiones, condicionando su vida hasta el extremo de hacerse acompañar siempre por un médico. Repetidas veces tuvo que ser ingresado en sanatorios psiquiátricos. Aún así Zenobia apostó por él y dedicó toda su vida a cuidar y atender a Juan Ramón. Hasta en su último suspiro.

Zenobia solía llevar un diario. Como mujer inteligente que era, supo que Juan Ramón pasaría a la posteridad y debió intuir que sus diarios verían la luz. No dudó en dejar constancia de los avatares de una vida en común, dramática y complicada, sobre todo porque para ella el trabajo creativo de su marido era tan importante como para él mismo. Por si fuera poco, se había casado con un hombre al que continuamente tenía que sacar del pozo emocional en el que caía inmerso (*¿voluntariamente?*), tal vez como consecuencia de un ensimismamiento o identificación vital con lo que escribía y del ejercicio continuo de fundir espíritu y poesía, alcanzando un estado de abatimiento y abandono en la búsqueda de la esencia

pura de la palabra. «Un yo sobre el yo mío». Intuyo que, aparte de sus problemas neuróticos, (por ejemplo, dejaba de comer), Juan Ramón era capaz de disociar el cuerpo del espíritu, para arrancar de su alma la palabra exacta y el verso breve. «Cuando escribo desaparezco por completo; no me siento siquiera, soy todo idea o todo sentimiento, todo palabra, nombre», dijo en una entrevista.

Apesar de los episodios ¿hipocondríacos?, incluso recluso, es significativo que Juan Ramón nunca dejó de escribir poesía, enviar artículos a revistas, asistir a conciertos o a conferencias. Claro está que las terapias de antes no son el Prozac de ahora que dejan «ido» a cualquiera. Zenobia Camprubí ejercía de esposa, enfermera, asistente literaria, secretaria, traductora (a Tagore con ayuda de Juan Ramón), profesora de español en la Universidad de Maryland por necesidades económicas, y todo lo que una mujer inteligente puede dar de sí, a pesar de no tener formación académica, según cuenta. Con una dependencia emocional, por parte de Juan Ramón, Zenobia llegó al límite de posponer su salud ante el egoísmo del Poeta Universal. No iba al médico por no dejar solo a Juan Ramón, a petición del poeta.

Basta leer los *Diarios*, un trabajo recopilatorio llevado a cabo por Graciela Palau Nemes, de la Universidad de Maryland, para darse cuenta del sufrimiento físico y psíquico de una mujer operada de cáncer en 1951 y que, años más tarde, ante el brote del mal, aguantó dolores y arrastró cansancio, sin dejar de ayudar a su marido a poner al día su trabajo. Zenobia era consciente y conocedora de los

valores literarios de Juan Ramón, de la influencia que ejercía en el universo poético, y que sin ella, todo este legado podría perderse. El testimonio que deja en los diarios es de un valor histórico incommensurable y siendo así, cabe pensar, que ella deseaba que sus nombres, no solo estuvieran juntos sobre una lápida, sino esculpidos en el mismo corazón de la literatura española.

El 21 de marzo de 1956 escribió en su diario: «Él se está conteniendo un poco más desde que ve que me siento bastante mal para no ir a la Universidad. Aparte de que sigue proponiéndome el suicidio todos los días». El *Diario* se cierra con una carta de Zenobia Camprubí a su sobrino Francisco Hernández Pinzon que dice: «Me vuelvo a Puerto Rico sin operarme porque el cirujano ha sido demasiado concienzudo para emprender una operación que comprende llega demasiado tarde»; «Ahora que estoy desahuciada [...] y ya sabes que algunos buenos cirujanos son malos profetas, como éste que predijo en 1950 que mi operación había sido la más limpia de su vida y que para él estaba curada para siempre»

Zenobia Camprubí muere el 28 de octubre de 1956, sabiendo que a su marido le había sido concedido el Premio Nobel «por su poesía lírica, que en lenguaje español constituye un ejemplo de elevado espíritu y pureza artística». Cuando el poeta recibió la noticia dijo: «Ella se lo merece». Yo también lo creo.

María José Zaragoza Hernández